

Editorial

De la escritura científica a la realidad en que vivimos

La escritura da sentido de existencia y duración a las ideas; así lo señala el dicho popular: “si no está escrito no existe”. Hoy sabemos de la florescencia de culturas antiguas gracias al legado escrito que de ellas ha sobrevivido de generación en generación. Patrimonio cultural e intelectual que constituye la base misma del pensamiento humano. Y en este devenir de la escritura, la científica adquiere cada vez más un mayor protagonismo. En los comienzos, ésta se realizaba mediante cartas entre los científicos para dar paso luego a las denominadas actas científicas. Hoy nos encontramos frente a una miríada de *journals*, revistas, memorias de eventos y cientos de comunicaciones que, usando Internet, se intercambian diariamente alrededor del orbe.

Estas publicaciones son un esfuerzo humano colectivo con en el que quienes viven la pasión por el conocimiento hacen sus apuestas por contribuir con sus gránulos de ideas a la formulación de nuevos paradigmas, líneas de pensamiento y avances tecnológicos. Esfuerzo que en ocasiones se torna en batalla campal. Las ideas son como los genes, se generan, se recombinan y también se debilitan y mueren algunas de las más viejas ideas que habían logrado sobrevivir los duros embates de las leyes fundamentales de la biología del conocimiento. La batalla final se vive en la escritura, signada y regulada por los quiebres, las rupturas y los insolubles a los que a diario se enfrenta ese ejercito infatigable de seres humanos que empeñan su vida diaria en la verdad, el conocimiento y las nuevas derivas del pensamiento humano.

Ganada la batalla por una idea, la misma es adoptada por la comunidad académica y científica, y su apropiación la convierte en objeto potencial de aprovechamiento y explotación. Una idea es la catapulta que permite el desarrollo a escala de otras ideas. Su producción responde, como en la genética, a finos mecanismos de encadenamientos, rupturas, discontinuidades y forcejeos críticos. Einstein se apoyó en los hombros de Newton y otros de sus antecesores para desarrollar su teoría de la relatividad, así como Newton se había apoyado en Galileo y otros que le precedieron para lograr realizar sus propios avances entendiendo y explicando el funcionamiento del mundo físico. Además de ser fuente para la creación de nuevo conocimiento, las ideas se materializan en nuevos procesos, en nuevas formas de hacer las cosas, transformándose así la manera misma como existimos y somos en el mundo. Existir y ser en el mundo interactuando de manera permanente con una serie de objetos que nos legó la naturaleza, pero sobre todo con una serie de objetos que se han derivado de cada una de las ideas mismas desarrolladas por el hombre. Así que la realidad en que vivimos no es nada más que la realidad que la misma humanidad ha construido como resultado del continuo devenir de las ideas que, pasando por la forma escrita, en el formato de la palabra, adquieren luego un formato de impresión permanente en los procesos y los objetos que configuran nuestra realidad cotidiana. La escritura científica, más allá de las nuevas ideas plasmadas en el papel, es la esencia misma del engranaje central de la denominada máquina del conocimiento con la que segundo a segundo transformamos y construimos nuestra propia realidad.

FÉLIX LONDOÑO G.
Director de la Revista